



doto. Dió ocasion á otros la disputa suscitada respecto del tiempo de celebrar la Pascua. Se solemnizaba ésta en Asia el décimocuarto día de la luna de Marzo, cualquiera que fuese el día de la semana, según lo instituido por los apóstoles Juan y Felipe; pero Pedro y Pablo la celebraban el domingo que sigue inmediatamente al plenilunio del mismo mes, cuya costumbre han conservado los papas. Habiendo ocurrido, pues, controversia, varios concilios estuvieron por la segunda opinion; pero Policrates, obispo de Éfeso, sostuvo la primera con tal obstinacion, que el papa Víctor le excomulgó; si bien San Ireneo le aconsejó despues que no rompiese la comunión por un punto tan leve, y cada iglesia continuó en la tradicion recibida.

Entre otros concilios, mencionaremos el tercero cartaginense, de sesenta y seis obispos presididos por San Cipriano, donde se decidió que el bautismo debía conferirse á los recién nacidos; el arelatense, en el cual (contra otros de Cartago) se decidió que al hereje bautizado, cuando volviese á la verdad, no se le volviese á bautizar, imponiéndole sólo las manos; y el ancirano, en el cual se estableció, que si el diácono declaraba en el acto de la unción que no podía observar el celibato, podría tener mujer sin prohibírsele sus funciones; pero que si no lo declaraba, no debía pensar en ello.

Estas reuniones, las primeras del mundo en que el pueblo era convocado para discutir sus creencias, además de sus decisiones, son muy importantes en la historia para conocer la disciplina y las costumbres, porque tan admirablemente está constituida la Iglesia, que á la vez que es inmutable en cuanto al dogma, se acomoda en la disciplina á las necesidades del tiempo y las variaciones de la sociedad.

Bajo este aspecto, nos parece digno de singular mencion el concilio de Elvira en España, en el cual diez y nueve obispos, veintiseis sacerdotes, bastantes diáconos, y hallándose presente el pueblo, constituyeron ochenta y un cánones de disciplina (1). Los primeros se refieren á la idolatría, previendo los muchos ca-

(1) Este es el famoso concilio iberitano, celebrado en una ciudad llamada Illibery, situada en la vertiente meridional de la Sierra Elvira, en Granada. En un

sos que en la vida comun se presentaban, é imponiendo graves penitencias al que subiese al Capitolio, ó diese espectáculos, ó suministrase trajes para pompas seculares, ó tolerase los ídolos, como no lo hiciese para evitar sublevaciones entre los esclavos. Prohibióse además en este concilio que se contase entre los mártires el que fuese muerto derribando ídolos, por no estar mandado esto en el Evangelio.

Preceptuábase tambien que la señora que matase á golpes á su esclava hiciera penitencia siete años; que el delator no fuera admitido á la comunión ni aun en la hora de la muerte; que el adúltero sólo pudiera ser perdonado al tiempo de morir, y que fuesen privados aún de este último consuelo el adúltero que reincidiera despues de haber hecho penitencia; el connivente en el deshonor de su mujer; la mujer que hubiese procurado abortar; el que abusase de niños ó prostituyese sus hijas (1). Del mismo modo, se vedaban el divorcio, los matrimonios de cristianas con gentiles ó judíos, la ordenacion en una provincia de los que en otra hubieran recibido el bautismo y la de los libertos cuyos amos fuesen paganos. Por último, mandábase que los obispos, sacerdotes y diáconos dedicados al servicio se abstuviesen de sus mujeres y no pudieran tener en su compañía más que hermanas ó vírgenes consagradas á Dios; que no abandonasen su residencia para ir á las ferias; que las meretrices, los conductores del circo y los mímicos que pidieran el bautismo lo recibieran, con tal que renunciases á sus respectivos oficios; que las mujeres no pasáran la noche orando en los cementerios para evitar ocasiones de desórdenes; que no se pintasen figuras en las paredes de las iglesias.

El diácono que ántes de la ordenacion hu-

antiguo manuscrito se lee que asistieron á este concilio cuarenta y tres obispos y veintiseis presbíteros, que se sentaron entre ellos, con multitud de diáconos y pueblo, que permanecían en pié. Entre los prelados estaban San Valerio, obispo de Zaragoza; Osio, de Córdoba; Sabino, de Sevilla; Melanto, de Toledo, y Liberio, de Mérida.

(1) La Iglesia tiene el derecho de atar y desatar. Sin embargo, la romana se manifestó siempre muy clemente, y reprobó á Novaciano, porque pretendió poner límites á la misericordia de Dios.



biese cometido pecado secreto, si lo confesaba por sí mismo, debía hacer penitencia tres años, y cinco si fuese denunciado por otro; de donde se deduce que entónces quedaban sujetos á la penitencia pública los clérigos, aunque luégo se creyó necesario que ántes fuesen degradados.

Los emperadores concedieron privilegios al clero; el edicto de Constantino dió á las iglesias derecho de poseer bienes raíces; de manera que ya no recibieron su único sustento de las limosnas de los fieles; y los donativos y los legados bastaron, no sólo para el culto, sino tambien para los pobres y para mantener decorosamente á los ministros. Estos, sin embargo, no podían disponer por testamento de los bienes adquiridos, ni enajenar las propiedades eclesiásticas.

Como la Iglesia reunia en su seno cuanto sobresalía por nacimiento, dones del entendimiento, habilidad, experiencia de negocios y virtud, colocada exteriormente en la sociedad, tuvo que dar á sus ministros aquel esplendor que no aumenta el valor interno moral del hombre, que le honra y le da consideracion, colocándolo al nivel de los grandes de la tierra. Y si éstos, que tienen de su lado la fuerza, reputan necesarias las muestras exteriores, ¿por qué negárselas á un poder que no tiene otra influencia más que la moral? Sólo podrá censurarse esto cuando el medio se tome como fin, lo accesorio como principal, y cuando en vez de espiritualizar las prerogativas externas con la vida interior, se haga esta material cargándola de intereses mundanos.

El sacrificio que ántes se ejecutaba privadamente en las prisiones de los mártires ó sobre su tumba, por el obispo ó por el sacerdote, sin más asistentes que el diácono, y hasta en cámaras particulares, se celebraba despues solemnemente con todos los obispos ó sacerdotes y el clero que se podía reunir, y pareció necesario introducir vasos de oro y de plata para dignidad de las iglesias.

Los eclesiásticos al principio no vestían de diversa manera que los legos por la necesidad de ocultarse (1), y era el traje acostumbrado

(1) De esto tratamos más ámpliamente en otro lugar.

de los cristianos el manto filosófico sobre la túnica, cual se conserva hoy con poca variacion por los sacerdotes. La majestuosa toga iba cayendo en desuso ya en tiempo de Augusto (1), reservándose sólo para ciertas ceremonias públicas, á pesar de que este emperador, y posteriormente Adriano, intentaron restablecer su uso; despues fué abandonada enteramente cuando la invasion de los bárbaros, no conservando vestigios del antiguo traje más que los eclesiásticos, los cuales de este modo llegaron á encontrarse diversamente vestidos del comun de los ciudadanos.

En las funciones de iglesia, los obispos, ya en el siglo IV, se cubrían la cabeza con un birrete ó mitra, derivado quizá de las tiaras ó de las ínfulas de los sacerdotes egipcios, helenos y hebreos; pero no se usó ántes del siglo VIII la mitra alta y de dos puntas (2), ni los pontífices llevaron la tiara ántes del décimo. Esta fué sencilla y lisa, hasta que Alejandro III le puso una corona, Bonifacio III le añadió otra, y Urbano V la tercera; creciendo los signos á medida que disminuía el hecho.

El anillo que distinguía á los caballeros romanos, fué pronto signo de dignidad eclesiástica. El uso del báculo pastoral, que tiene la figura del cayado con que el pastor guía sus ganados, se remonta á los primeros tiempos, siendo de madera y en forma de muleta, cual se conserva por los prelados griegos, ó bien retorcido por un extremo, recto por en medio y agudo por el fin (3).

El palio es una banda que cae sobre los hombros y sobre el pecho, señalada con cruces, para distintivo de los arzobispos: la estola representa quizá la sobrevesta, llamada con aquel nombre, ó el horario: el pañuelo blanco, que se ceñía al cuello á fin de que el sudor no manchase las vestiduras, se conservó en las sagradas funciones; el manipulo se deriva de la servilleta que llevaba al brazo el que servía

(1) Suetonio en Aug., 40.

(2) En el año 847 la encontramos concedida por el papa por especial privilegio.

(3) *In baculi forma, præsul, datur hæc tibi norma:*

*Attrahe per primum, medio reges, punge per imum*

*Attrahe peccantes, reges justos, pun e vagantes.*

*Attrahe, sustenta, stimula, vaga, móvída, lenta.*

*Glossa in cap. un. de sacra ucti.*





as mesas sagradas; la casulla ó dalmática es la *pénula* antigua, con una especie de bolsa cuadrada pendiente de la cintura, y cerrada toda ella al rededor. Cuando al lino substituyeron los hilos de oro, y las vestiduras se recargaron de piedras preciosas y bordados, pesaba al sacerdote tenerla levantada sobre el brazo, de manera que fué abierta por los lados, y se la hizo casulla. El uso que aún se conserva de alzarla cuando el sacerdote eleva la hostia, es un vestigio inútil del servicio que el acólito prestaba entonces por necesidad.

Véase, pues, á la Iglesia ordenada en monarquía electiva y representativa, uniendo la obediencia debida al jefe, aun cuando sacado del pueblo, con la libertad y la igualdad (1); ningun otro culto en el mundo supo crear una jerarquía organizada de manera que puede desarrollarse indefinidamente, y sin embargo, sometida á una magistratura suprema é infalible en derecho y en hecho. Reyes y súbditos, individuos y asambleas, no están sometidos más que á la ley de Dios, promulgada é interpretada por la Iglesia, á la cual dijo Jesucristo: «El que os oye me oye; apacentad mis ovejas; lo que desateis será desatado, y lo que ateis será atado.» Así la autoridad y la obediencia están igualmente ennoblecidas.

El poder moral de los pontífices, tan eficaz en la Edad Media, se reduce á una negación protectora, lo suficiente para impedir que se conculquen la justicia y la moralidad. El pontífice, como un pretor romano, pacífico é inerte, decide segun la equidad de las disensiones suscitadas entre los hombres por el interés ó la ambición; como censor, advierte á los injustos y á los violentos, y como tribuno protesta á favor de los oprimidos.

Sus ministros, en un todo distintos de los del orden temporal, están obligados á la enseñanza universal, epilogada en símbolos conocidos de todos y expuestos al clérigo, al lego y al incrédulo, lo cual excluye el exclusivismo de

(1) De lo dicho se deduce más bien que se organizó en república con su presidente electivo á la cabeza y residiendo la infalibilidad, no en su jefe, sino en toda ella, representada en los concilios.

(N. del T.)

las castas orientales, y la vacilacion de los modernos reformados. Acercándose el sacerdote al soberano, como enviado de la monarquía de la Iglesia, recuerda la igualdad de todos y la preferencia debida á los pobres; acercándose al pueblo, predica la sujecion razonada.

Con la imposicion del celibato se preparó una milicia, dispuesta á la menor señal á llevar la verdad á la extremidad de la tierra, exponerse á las epidemias, velar junto al lecho del moribundo ó la tarima del encarcelado, sin que la contengan los sentimientos, tanto más fuertes, cuanto más legítimos, del amor conyugal y paterno. El estado de sus hijos, la esperanza de una colocacion no harán que el sacerdote se someta al poder cuyas exigencias deba resistir; ni la idea de asegurar la autoridad y los beneficios en la familia podrá inducirlo, ni aun en los tiempos más extraordinarios, á querer hacerlos hereditarios y substituir las castas orientales á la igualdad cristiana. Sin el celibato, los papas hácia el año 1000 y los obispos feudatarios hubieran reducido á servidumbre sacerdotal la Italia y el mundo; sin esta organizacion fuerte y considerada, no habria podido el cristianismo regenerar al hombre y la sociedad.

Aunque el imperio permanecia todavia unido, podia preverse ya aquella division, que Constantino primeramente, y despues la guerra, efectuó entre el griego, el latino y el bárbaro. Este último obraba sobre los demas únicamente por la fuerza; el campo del pensamiento se disputaba entre el Oriente y el Occidente, y ya he dicho que emplearon diferentes armas. En Oriente, donde se mataba ménos y se discutia más, se extendió rápidamente el cristianismo, pero juntamente con él se suscitaban dudas y novedades, y esa serie de discusiones que nacen de toda verdad tan luego como se siembra entre los hombres, donde puede quedar contaminada por los amigos, por los enemigos, y aun por los mismos medios de que el hombre se ve obligado á servirse para propagarla, esto es, la palabra y la escritura. De aquí que se preparase una nueva y á veces sangrienta persecucion á la esposa de Cristo, que segura en adelante de la constancia de



los mártires, debía temer la seduccion del error y prepararse á conservar en la integridad apostólica aquel vasto simbolo de la revelacion, en el cual cada parte, cada palabra corresponde al todo.

La verdad, objeto de la filosofía, es tambien único principio del cristianismo, no ya como luz sencilla y natural de la mente, sino completa, absoluta y eficaz. Concordes en el intento, pueden no estarlo en el sistema. El entendimiento humano, en el sentimiento de su superior dignidad, en la alegría de ejercer su actividad para alcanzar las sublimes razones de donde emana toda existencia y descubrir los misterios de la vida, se irrita cuando otro le manda creer lo que él mismo se considera capaz de descubrir; y si ve señalada una fuente suprema de todos los conocimientos, se alaba de bastarse á sí mismo para separar la luz de las tinieblas, para discernir el bien del mal con juicio independiente.

De aquí proceden los obstáculos que se oponen á toda verdad. Y el cristianismo, que no se limita á una época ni á una nacion, sino que de pueblo en pueblo va cumpliendo la obra de educacion universal, debia encontrar resistencia fuera y agitacion dentro. Dios revela la verdad por su Cristo; pero algunos le niegan, otros le tienen sólo por uno de esos sabios que aparecen de tiempo en tiempo para dar alguna nueva aclaracion al insoluble problema de la humanidad; otros le miran como la vía, la verdad y la vida, pero á medida de su propio juicio y de la voluntad, y sólo en cuanto puede admitirlo la inteligencia humana. Al paso que se aumenta y extiende esta espléndida institucion, el orgullo procura cada vez más encontrarle el lado débil, y derribar el fundamento del edificio que se eleva hasta el cielo. Otros, además, haciendo demasiado caso de la forma exterior, como el servicio divino y la constitucion jerárquica, y ateniéndose á las expresiones literales ó á los actos precisos del Divino Fundador, se constituyen en censores de las ceremonias y del gobierno de la Iglesia, y acalorándose, llegan á declararse enemigos del dogma.

Por tanto, de los enemigos internos de la

Iglesia, los unos dirigen el ataque contra las doctrinas profesadas por ella como las únicas verdaderas, los otros contra las formas exteriores; pero como á todo cambio esencial de la doctrina debia seguir uno en la forma exterior, y toda tentativa contra la forma debia fundarse alternativamente en la doctrina, fácilmente se confundieron los unos con los otros, y como frecuentemente dijeron los papas, tuvieron diferentes cabezas, pero una misma cola.

No dejaremos de mencionar las varias herejías que surgieron en la Iglesia, porque representan la serie de ideas que en el espacio de diez y ocho siglos han movido á la humanidad. Desde este punto pueden dividirse las teorías filosóficas en dos grandes ramas: las unas, que someten la razon á la fe, caminan con el simbolo cristiano; las otras se apartan de éste, y someten la fe al raciocinio (1). Por consiguiente, examinaremos ante todo los sistemas filosóficos que se separaban de la verdad, segun que:

- 1.º Refundian la tradicion mosaica;
- 2.º Ó alteraban el cristianismo con las doctrinas orientales, desviándolo de su verdadero sentido;
- 3.º Ó oponian á aquél lo mejor de la filosofía griega, procurando perpetuarla al través de la religion naciente.

Expondremos, en fin, la doctrina de los primeros Padres, dejando que una ciencia más sublime busque en ella las pruebas y el complemento de la revelacion.

Ya hemos indicado que cuando se destruyó el primer templo se alteró la pureza de la doctrina judaica, quizá por la mezcla con las orientales, por lo cual nacieron tres sectas, que representan la division natural de todo sistema religioso en decadencia: servil tenacidad, crítica y misticismo, á que correspondian respectivamente los fariseos, reducidos á las formas; los saduceos, que rechazaban toda ley ó creencia como no estuviese escrita en los libros santos, y los esenios, consagrados á la vida ascética.

(1) Hay otra además que enlaza la razon con la fe y busca la sintesis de ambas.

(N. del T.)





Puede considerarse también como escuela judaica la fundada en Alejandría, con tendencia á despojar la doctrina pátria de cuanto tenía de local, y presentarla bajo formas convenientes al mundo griego, en cuya lengua la exponía, dejando ver al mismo tiempo el renacimiento que le inspiraban sus hermanos de Jerusalén, desde que el gran sacerdote Onías había erigido el santuario de Leontópolis.

Ya en el reinado de Evergetes II había insinuado Aristóbulo alguna novedad en las doctrinas judaicas, tomando los hechos particulares de la Biblia como alegorías de misterioso sentido, con lo cual descubría en Moisés ideas que con gran admiración encontraban los griegos idénticas á las de sus sabios (1). No contento con manifestar que Platón había tomado todo lo mejor de su ciencia del código sagrado, compuso himnos con el nombre de Orfeo, de Lino, de Homero y de Hesiodo, llenos de doctrinas judaicas (2), que debían demostrar la prioridad de éstas sobre las escuelas filosóficas. En esto, tanto él como sus partidarios ponían en comparación la profunda moralidad de las leyes mosaicas con la inmoral inclinación del gentilismo; pero con frecuencia se doblegaban los dogmas para atraer el espíritu de las naciones hácia el mosaico.

Con más ingenio y más doctrina que Aristóbulo, continuó aquella obra Filón. Según él, la Biblia, que es fuente de todas las doctrinas filosóficas y religiosas, tiene dos sentidos: uno literal para los hombres vulgares, y el otro figurado, en el cual, bajo la alegoría, los símbolos y las ceremonias se oculta una ciencia arcana, verdadera filosofía religiosa, accesible solamente al que ha meditado sobre la ciencia, se ha purificado con la virtud y se ha elevado con la contemplación á Dios y al mundo intelectual. Filón creyó haberlo conseguido, iniciado como estaba en los grandes misterios de Moisés y de Jeremías, y por consecuencia expone la parte que puede divulgarse. «Léjos de nosotros los hombres de corto ingenio; cierren los oídos; trasmitimos misterios divinos á los

(1) Orígenes, *G. Celsum*, IV, 12.

(2) Eusebio, *Præp. evang.*, XIII, 12.

que han recibido la iniciación sagrada, practican la verdadera piedad, no están encadenados por el vano aparato de palabras y de los prestigios del paganismo... Iniciados vosotros por los oídos purificados, acoged todo esto en vuestra alma, y no lo reveleis á ningún profano: custodiadlo oculto como un tesoro incorruptible, más precioso que el oro y que la plata, porque es la ciencia de la gran causa, de la virtud y de lo que procede de la una y de la otra (1).»

Conforme al precepto, se embrolla algunas veces de tal manera, que cuesta gran trabajo comprenderle; sin embargo, procuraremos exponer el conjunto de sus doctrinas. Dios es el alma del mundo, que comunicando la forma á la materia inerte, produjo el universo. Imágen de Dios es el Verbo, forma más luciente que el fuego, porque éste no es luz pura. Dos son los Verbos: el primero es la inteligencia divina, que contiene los tipos de todas las cosas, esto es, el mundo ideal, que como primer producto de la actividad de Dios es su hijo primogénito; el segundo es la palabra, ó sea el conjunto de las cualidades divinas en cuanto obran sobre el mundo físico; en suma, la acción de Dios sobre este. Dios padre, como Criador, se casó con la sabiduría su madre, que tuvo de él al hijo predilecto, esto es, el mundo físico. El Verbo, como primogénito del Criador, es el instrumento que éste empleó en la creación, el tipo por el cual dió forma á la materia (2), el sumo

(1) *De cherubin*. Los tratados de Filón que han llegado hasta nosotros son: La creación del mundo.—Las alegorías del Génesis.—Los querubines.—Cain y Abel.—La agricultura de las almas.—Noé ó la embriaguez.—Los gigantes.—La inmutabilidad de Dios.—La confusión de las lenguas.—Abraham, ó la vida del sabio.—José, ó los sueños.—Vida de Moisés.—El amor de los hombres.—La creación del príncipe.—El juez.—El verdadero valor.—El decálogo.—Las leyes particulares.—La monarquía de Dios.—Los sacrificadores.—Las víctimas.—Que el honrado es verdaderamente libre.—La vida contemplativa.—La nobleza.—El premio y el castigo.—La incorruptibilidad del mundo.—La providencia contra Flaco, y la embajada á Cayo César.—El cardenal Mai se engañó creyendo haber descubierto en la biblioteca Ambrosiana un tratado suyo de las virtudes y de sus partes, cuya obra había publicado Gemistio Platón.

(2) Él llamó la materia, no ya porque no exista,



sacerdote, el gran mediador entre la divinidad y el hombre; es el espíritu de Dios que educa al género humano.

Aunque el mundo esté hecho según las ideas del Sér Supremo, el conocimiento propio de éste no puede provenir de aquél, sino que es una especie de intuición, concedida tan sólo á los que se apartan de las cosas terrenas, en cuyo estado el hombre se hace merecedor de comunicaciones inmediatas, de irradiaciones por parte de Dios, ó de éxtasis que lo transportan delante del Sér Supremo. Ninguno podría, sin embargo, sondear la naturaleza de éste; solamente se conjetura que es análoga al espíritu humano en cuanto al pensamiento, y á la materia del sol en cuanto á la exquisita pureza de su esencia.

Este escritor curioso, que presenta una mezcla de cábala, de platonismo y de ortodoxia mosaica, no sin alguna reminiscencia de Pitágoras, se dedica luego á explicar la creación, para la cual dice que eran necesarios Dios, los cuatro elementos, el Verbo y la bondad divina. Además de las criaturas visibles, muchas invisibles llenan el aire, libres de males ó de la muerte, y según su grado son, ó ángeles, ó genios, ó demonios, ó bien almas de los cuerpos ó almas de los astros. No fué el hombre solamente obra de Dios, porque debía resultar capaz de virtud y de vicio. El mal en parte es necesario para la conservación del todo, en parte es efecto inevitable de la alteración de los elementos, en parte un medio de castigo, y en parte efecto del hombre mismo.

Consta el hombre de cuerpo y de alma, y ésta de una parte racional y de una irracional; á la primera se refieren el entendimiento, el sentimiento y el habla, y á la otra las pasiones físicas. El primer hombre criado por Dios era excelente copia del Verbo divino, pero como la vista de la mujer lo excitó al deseo de la propagación, adquirió gusto por el placer, de manera que cayó en una vida infeliz y siempre

sino porque no posee la forma, sin la cual no se puede concebir ninguna realidad. Otro tanto hicieron Plotino y otros neoplatónicos y cristianos.

en creciente corrupción. Envía Dios su espíritu á los que quiere volver á la virtud, del cual se hace uno digno meditando, confiando en el Verbo divino, combatiendo la sensualidad y separando el alma de la materia.

Las almas purificadas se elevan á la región etérea, la cual «no es un inmenso desierto, sino que está poblada de ciudadanos de alma inmortal é incorruptible, tan innumerables como las estrellas. Algunas almas, más inmediatas á la tierra y á sus placeres, descienden á ella para unirse á cuerpos mortales á quienes aman. Otras se separan de ellos para ascender más, según el término fijado por la naturaleza; pero el deseo de la vida terrestre les hace volver á bajar. Otras, fastidiadas de las vanidades, huyen del cuerpo como de una prisión, y con alas ligeras se elevan á las regiones etéreas, donde pasan la eternidad. Las mejores de todas, guiadas por pensamientos más prudentes y divinos, desdeñando lo que la tierra puede ofrecer, se hacen agentes del Dios Supremo, ojos y oídos del gran rey, viéndolo y oyéndolo todo. Los filósofos las llaman demonios, el código sagrado ángeles, esto es, mensajeros divinos, porque llevan á los hijos los mandamientos del Padre, y al Padre las súplicas de los hijos; descienden hácia la tierra y ascienden al cielo, no porque tenga necesidad de informes el que todo lo sabe, sino porque es bueno que los mortales tengan intérpretes y mediadores, á fin de que reverencien mejor al supremo árbitro de sus destinos» (1).

Entre todos los pueblos, cuidó Dios especialmente de los israelitas. Estos están ahora dispersos por el pecado; pero cuando vuelvan á la virtud, aplacado Dios por las súplicas de los patriarcas, les devolverá la patria y toda clase de prosperidades; la Palestina vivirá segura de extranjeros; un grande capitaneando á los hombres de bien, someterá muchas naciones por amor, por respeto y por temor, y no se atenderá más que á contemplar á Dios, sin disturbios ni pasiones.

(1) De los sueños, pág. 586.